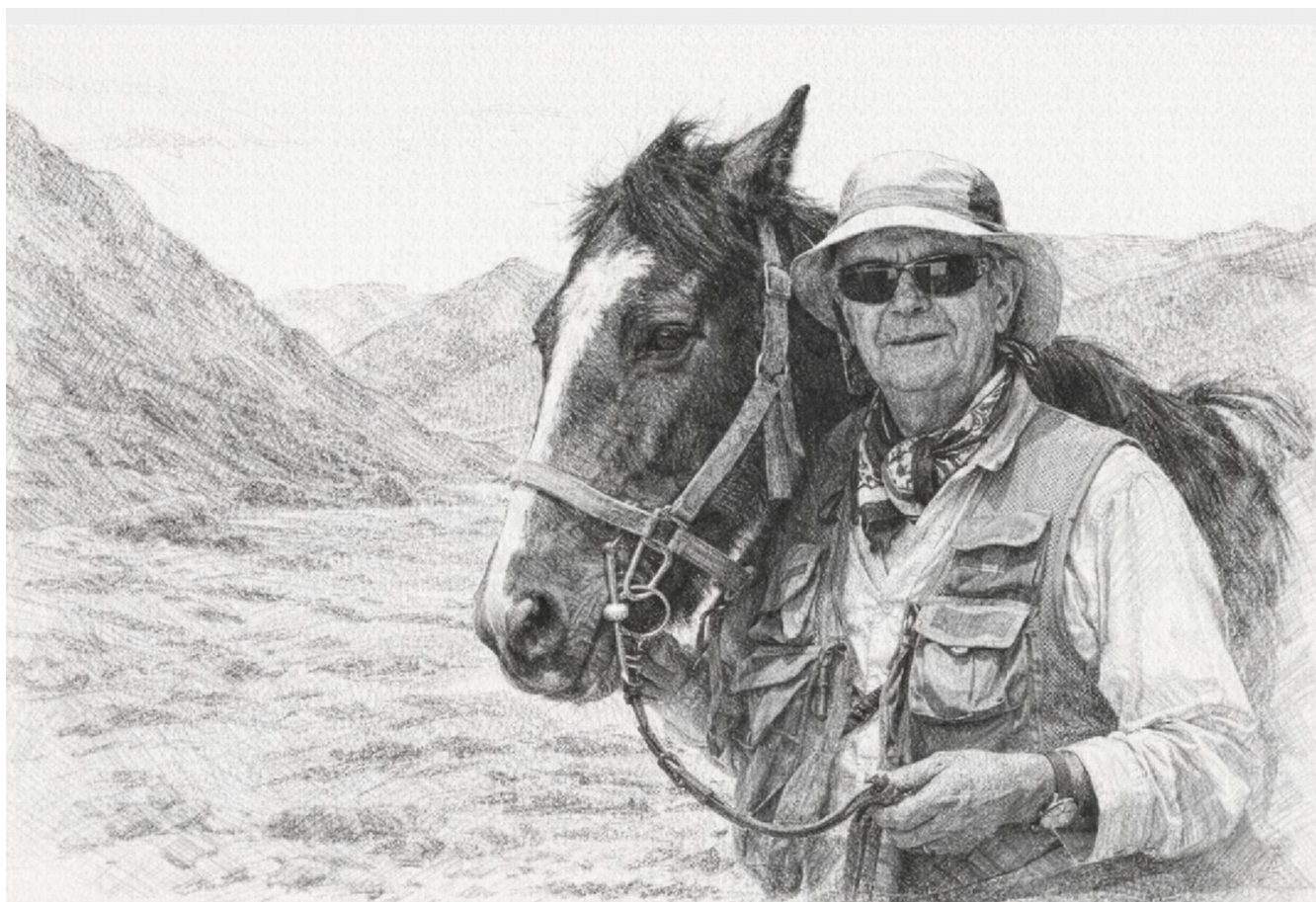


A lomo de Caballo

Relatos para quienes no conocen la cordillera de Arica



Renato Aguirre Bianchi

lautaro@yahoo.com

Febrero de 2026

Introducción

En la sierra de Arica el mapa sirve de poco y las distancias se miden en horas de luz, no en kilómetros. Allí arriba no hay caminos en el sentido en que los entiende la ciudad: solo huellas, quebradas de abruptas paredes, pampas de dura y en tramos irregular superficie y un silencio que hace evidente que hemos ingresado a una dimensión diferente donde todo parece estar tan lejos.

Somos tres, seis, ocho o doce jinetes y a todos nos acompaña un caballo. Si el caballo avanza, avanzamos; si se detiene, también se detiene el mundo. Si hemos de evitar grandes penurias y extrema sensación de desamparo, cada tramo del recorrido debe terminar en un tambo o al menos en un lugar donde se pueda hacer fuego y, si somos afortunados, habrá agua. El refugio y los medios de sobrevivencia los aporta el caballo.



Cada vez que cabalgamos a Codpa o vecindario, nuestro primer "tambo" suele ser Palo de Gringo. Allí solo hay un palo, pero en el talweg de la profunda y despoblada quebrada vecina está la Aguada de las Higueras. Casi de madrugada, mi yegua ya está lista y estibada para las próximas 12 a 14 horas de pampas y quebradas.

Este relato no trata de equitación ni de aventuras románticas, sino de lo que significa desplazarse, enfrentar lo difícil en equipo y, a veces, sobrevivir en un territorio donde el caballo deja de ser un medio de transporte para convertirse en la condición misma del viaje y un amigo como los que uno quisiera tener en la selva urbana.

Cabalgo desde niño, mucho antes de que mi vida quedara asociada a un oficio que suele exigirlo todo. El caballo y, años más tarde, el paracaidismo, no fueron

aventuras ni evasiones, sino una forma de recuperar una dimensión más simple de la existencia: moverse, orientarse, depender del propio criterio y compartir con personas a las que poco les importaba lo que uno hacía cuando no estaba allí.

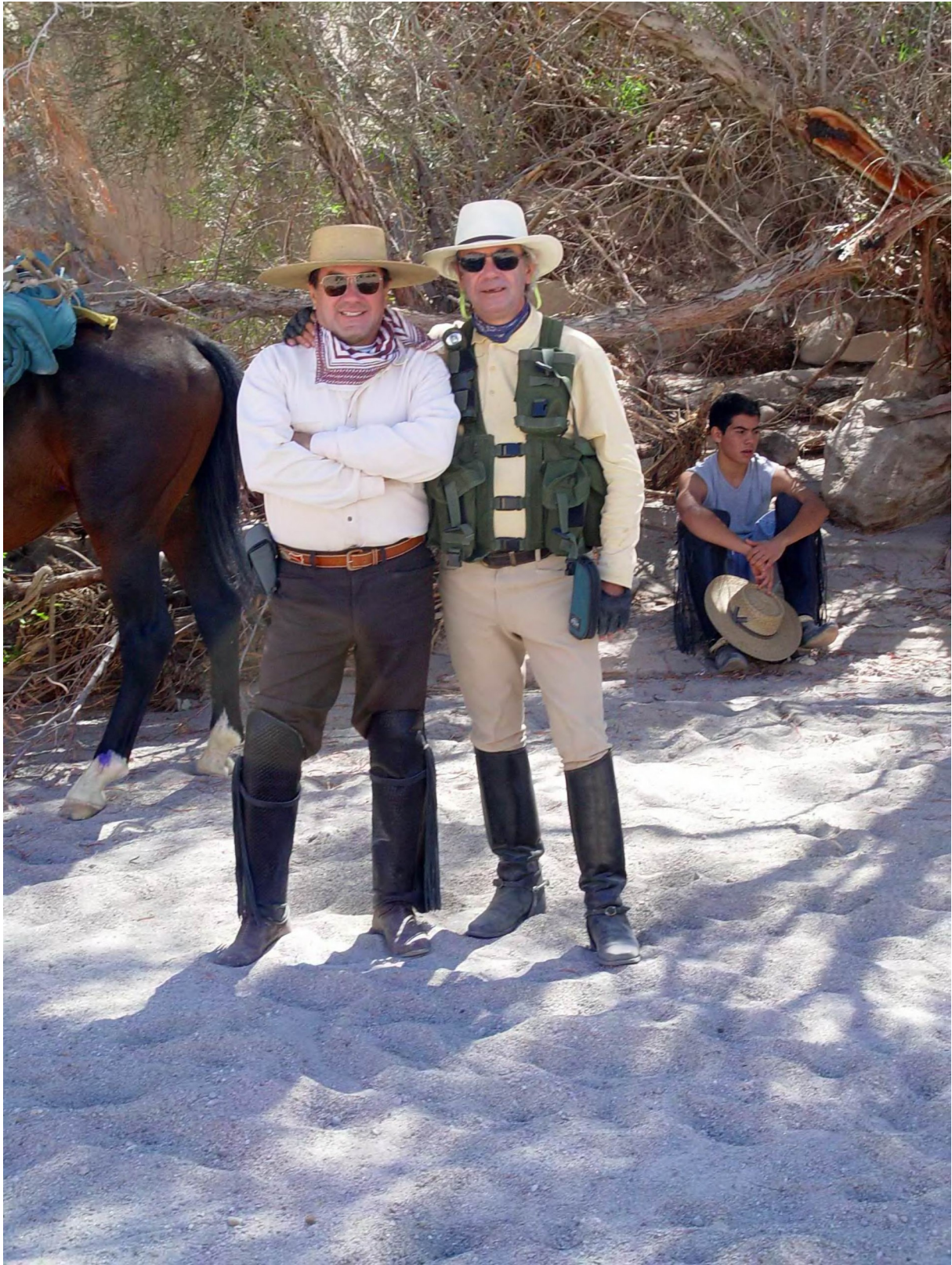
En ese mundo nadie esperaba decisiones quirúrgicas ni relatos extraordinarios; allí uno valía por lo que hacía en ese momento y no por lo que representaba fuera de él. Esa normalidad —tan escasa en otros ámbitos— terminó siendo el verdadero motivo para sentirme persona y para impedirme dejar de añorarla. Allí encontré amistades exigentes y sinceras, y también la posibilidad de no ser “el doctor Aguirre” —de no mediar un imprevisto—, sino que ser simplemente Renato.

Ambos espacios no fueron mi escenario heroico; fueron mi lugar de normalidad. Con el tiempo, la cordillera dejó de parecerme extraordinaria. Era solo el lugar donde ciertas tareas podían hacerse y donde la vida recuperaba una escala comprensible.

En el año 2000 me reencontré con quien sería mi más cercano amigo y copropietario de nuestra tropilla de hasta ocho caballos, una mula y un “macho”¹: Carlos Requena Herrera, quien falleció bruscamente en el año 2015. Él administraba y gestionaba la logística de nuestras cabalgatas y creo que había un GPS entre sus neuronas.

Ambos fuimos los líderes de todas las cabalgatas que describiré. Curiosa amistad ecuestre pues él montaba a lo huaso con los correspondientes aparejos que me gustan tan poco, mientras yo era un entusiasta adherente a los aparejos y estilo “clásicos” (ingleses, militares).

1 **Mulas y machos.** Ambos son el resultado de la cruce de un burro con una yegua. En general las mulas son más pequeñas y dóciles y se prestan mejor para transportar carga. Los machos se denominan “machos” y suelen tener una conformación más parecida a un caballo, con mejor definición de cruz (withers), pecho más desarrollado y un tronco que sujeta mejor la silla, por lo que una sola cincha delantera bien ajustada suele bastar, especialmente si el terreno no es el de un descenso pronunciado. Las mulas tienden a tener el lomo más plano, cruz menos pronunciada y una forma del tronco que facilita que la silla se deslice más fácilmente hacia adelante al bajar una pendiente. Por eso se ensillan con una cincha adicional posterior, hacia la grupa, detrás de la prominencia de la panza. Los machos se castran tempranamente pues si se dejan enteros son antipáticos, agresivos y hasta peligrosos. Aún capados pueden, en general, tener cierto peculiar comportamiento, como el de (a veces) no aceptarte si vuelves a montarlo con una chaqueta de color diferente a la que anteriormente usaste. En general es posible montar a un macho casi de la misma manera que se monta un caballo, pero en la cordillera tienen un paso más firme y pezuñas más chicas, lo que aporta estabilidad en superficies rocosas.



Con Carlos en la quebrada de Carza, acicalados al segundo día de cabalgata.

Desde Putre a las Pictografías de Incani y Wilaqawrani

Putre es la Capital de la Provincia de Parinacota, al interior montañoso de Arica, a 3.500 m.s.n.m. Es el único poblado de cierta importancia que está en la Cordillera de los Andes propiamente tal.

Otros poblados serranos están más al oeste, entre los Andes y una cadena montañosa de menor altura que la Cordillera propiamente tal. Estos poblados provienen de asentamientos de etnias costeras y altiplánicas que interactuaron intensa y a veces belicosamente tras el colapso del Tiwanaku hace algo menos de 1.000 años.

La ubicación de esos poblados de la sierra se explica porque entre ambas cadenas montañosas se extiende la “Fosa Copaquilla-Ticnamar”, donde nacen los cursos de agua que llegan a Arica, y era la producción agrícola de los valles bajos lo que ambicionaban los altiplánicos y defendían los ariqueños —Quien controla el agua controla los valles...



Vista parcial de Putre.

En épocas preincaicas la localidad de Putre tuvo una no muy intensa actividad agropastoril (agricultura en terrazas complementada con pastoreo) y no hubo allí un gran complejo aldeano que requiriera un pukara (poblado con estructuras defensivas). En consecuencia, allí hay pocas riquezas arqueológicas. Sin embargo, aun cuando ya en Arica se desarrollaba más intensivamente la agricultura, la cordillera vecina a Putre era una zona de caza de auquénidos muy frecuentada.

De las tres manifestaciones del arte rupestre, los petroglifos y geoglifos son principalmente obra de los caravaneros y se les encuentra en tierras más bajas. Las pinturas rupestres en cuevas y aleros, en cambio, son obra de los cazadores y hay en Putre al menos dos sitios notables: Wilaqawrani a poco más de 5 km aguas abajo de Putre en el trayecto de la ruta tropera a Arica, e Incani, más al norte y más modesto, si bien ambos son la máxima expresión de ese arte en nuestro territorio.



Cabalgata desde Putre a las pictografías. Mapa de Google Earth.

Hacia unos 15 años que yo no había visitado a Wilaqawrani. Desde Putre, a Incani fui caminando dos veces durante el año 2003. Ambos distan unos 6 km de Putre, siendo relativamente fácil la caminata a Wilaqawrani si se tiene un buen estado físico y considerablemente más esforzado el viaje a Incani, pues hay que subir y bajar varias quebradas profundas por un camino difícil, pedregoso y estrecho. Pero, para nosotros, las huellas cordilleranas están allí para recorrerlas y disfrutarlas sin importar el esfuerzo físico.

Pues esta vez, en noviembre del 2005, turistas extranjeros y otros personajes se interesaron por conocer esos lugares y planificamos una cabalgata de dos días. Como siempre, muchos candidatos desistieron o no quisimos incorporarlos en aras de la seguridad y la armonía que debe existir en un grupo que se arriesga por parajes difíciles, solitarios y peligrosos.

Nuestra norma es no involucrarnos si no conseguimos que todos los participantes tengan la capacidad física y la disposición anímica para obedecer a un liderazgo que no acepta discusiones.

Así es que, al final, nos quedamos con Gail Robertson, una simpática y valiente turista australiana que no había montado en 27 años, y Miguel, un artesano local que era el mejor reproductor de cerámica prehispánica de Arica y quien nunca había cabalgado.

Como era habitual, nos acompañó también la valiente novia de Carlos, Ana María, valiente y confiable mujer de negocios que en menos de dos años aprendió a cabalgar por las más difíciles rutas troperas.



Para Gail, nuestro peculiar caballo con complejos de elefante, el Quinterano. Carlos lo compró en Quinteros (puerto del sur), donde se le utilizaba para arrastrar los faluchos (embarcaciones sin carlinga) de los pescadores que se hacían encallar en la playa. Tenía muy buen genio, pero si se conseguía que galopara, había que ser muy ducho para detenerlo.



A Miguel, quien nada sabía de caballos, le asignamos nuestra mula floja pero muy tolerante.



Ana María se refresca y la Tayka regalonea con su potranca. Por algún tiempo las yeguas paridas no pueden viajar sin su cría.

Jerónimo, arriero de Putre que nos había colaborado en varias otras cabalgatas, se encargó de estibar a nuestro “macho” con lo necesario para una prolongada cabalgata por la cordillera vecina a Putre.



Amarrando la carga sobre las angarillas que porta el “macho”. Éstos pueden tener muy mal genio y como recién lo habíamos comprado, se le tapó la cara durante la maniobra para que no nos mordiera.

Me sumé al grupo por la fascinación de la aventura más que para aportar mi eventual asistencia médica y conocimiento del terreno y de su historia.

Dada la composición del grupo, sacrificamos un poco la seguridad de los líderes para aprovechar de probar y entrenar caballares novatos. Jerónimo montaba una yegua que estaba domando, asustadiza aún. Carlos a un potro (caballo no capado) insoportable y adicto al sexo. Yo me atreví a montar un caballo lindo y chico (el “Jisk’a”, chico en aymara) que guardaba de regalo de Navidad para mi nietecito y que un mes antes lo habíamos mandado a Putre para que Jerónimo y sus hermanos iniciaran la doma, pero solo había sido montado cuatro a cinco veces y aun no sabía equilibrarse con el peso del jinete ni había aprendido a obedecer a las riendas.



El pequeño y (cuando quiere) dócil Jisk'a, antes de vivir su primera gran aventura cordillerana.

Primer Día

Como siempre, recuperar y aparejar a los animales nos tomó toda la mañana y partimos al mediodía rumbo a Incani: sería una cabalgata de unas tres horas. Subimos y bajamos quebradas, sin incidentes, Carlos iba lejos adelante para que su maldito potro no se entusiasmara con la yegua y yo iba tratando de utilizar cada minuto para progresar en la doma del *Jisk'a*, quien tambaleaba en los tramos esforzados y cuando se cansaba se negaba a continuar e intentaba bajar por donde no se podía hacerlo.

Todo iba perfecto hasta que, habiendo recorrido $\frac{2}{3}$ del camino, en el fondo de la más profunda quebrada —Titini— y al cruzar caminando un pequeño curso de agua, el potro empujó a Carlos y éste resbaló y sufrió una fractura del platillo tibial externo de la pierna izquierda (ver la radiografía en la próxima página).

No fue un accidente ecuestre en el sentido que Carlos no estaba montado. Pudo haber ocurrido en cualquier parte, pero estábamos en medio de la nada más agreste, a unas tres horas a pie o dos horas montados de Putre, el lugar habitado más próximo.



Compromiso articular pero sin desplazamiento.

Hay muchas cosas que admiro de Carlos y una de ellas es su estoicismo. El mismo trayecto de vuelta a Putre ya lo habíamos hecho años antes caminando, cuando en ese mismo lugar tuvo un doloroso desgarro ligamentoso de la rodilla y tuvimos que continuar usando solo tres de nuestras cuatro piernas. Pero ahora ya se trataba de una fractura, aunque no había desplazamiento del eje de la pierna —por lo que no fue necesario instalarle una de las férulas inflables que siempre llevo—, pero no podía ponerse de pie y sufría intensos dolores.

Se reúne el Consejo Técnico: Carlos, Jerónimo el arriero y el médico. Mi opinión: abortar el viaje y retornar a Putre. Carlos, muy interesado en completar la gestión, insistió en que lo dejáramos transitoriamente en el fondo de la quebrada mientras con Jerónimo llevábamos al grupo a Incani, donde acamparían, y luego —ya sin Carlos— seguiríamos a Wilaqawrani al día

siguiente.

Razonable, considerando que no nos faltaba sino una hora o algo más para llegar a Incani y al final, con una gran aprehensión, dejamos solo a nuestro amigo por algunas horas, con su maldito potro. En cuanto llegamos a Incani dejamos que el resto organizara el campamento y ensillamos a la mula para Carlos y al “macho” para mí, pues el pobre *Jisk’a* estaba agotado y no era confiable.

Los “machos” pueden ser inesperadamente agresivos y rechazar a jinetes desconocidos, pero éste me aceptó sin chistar y con Jerónimo nos devolvimos para rescatar a Carlos. El pobre estuvo tres a cuatro horas solo, tumbado al amparo de una gran roca. Como pudimos, lo montamos en la mula y lo llevamos a Putre, desde donde los hermanos de Jerónimo lo llevaron a Arica.



Carlos retornando a Putre. La pierna fracturada cuelga fuera del estribo, pero el menor roce con un arbusto le provocaba intensos dolores.

Pero..., el eterno pero. Cerca de Incani, con Jerónimo vimos huellas recientes de un puma que había causado estragos en la zona. Dos damas y un principiante solos en la sierra profunda no constituían un buen escenario para la eventualidad de que apareciera el felino y se devorara a la potranca de la *Tayka* y/o al *Jisk'a* de mi nieto. No quisimos asustarlos con la noticia y solo les sugerimos que, si no llegábamos antes del anochecer, prendieran una fogata "para que los zorros no mordisquearan las monturas".

A veces una mentira conserva el equilibrio pero, tan pronto como pudimos, partimos con Jerónimo desde Putre de vuelta a Incani, tres horas luchando contra el anochecer que se acercaba, por un difícil territorio montañoso, y ganamos...

Entre tanto, Miguel el artista trabajó varias horas haciendo un muy profesional catastro de las pictografías y del pantone de los pigmentos.

Sigue una noche dedicada a recoger la escasa leña disponible para una fogata, llevar a los caballares al *talweg* de la quebrada vecina para que pudieran alimentarse de las hojas de la planta "cola de zorro" pues no había otras fuentes de alimento, y

nosotros zamparnos colectivamente casi una botella de whisky y algunos emparedados.

Linda noche, sabiendo que nuestro amigo estaba a salvo tras nuestra primerísima gestión de salvataje cordillerano. Linda experiencia ecuestre la mía: primera vez que montaba un "macho" en la cordillera y me encantó pues allí éstos son tanto más versátiles, animosos y seguros que los caballos...



Algunas imágenes del alero 1 de Incani.

Debo agregar que las pictografías del alero que ya mostramos, no son las únicas de Incani. Cerca de éstas hay múltiples aleros menores con pictografías muy burdas y/o deterioradas y al otro lado de la quebrada, el mayor alero que se vé se ha llamado Incani 2 y contiene casi exclusivamente imágenes de auquénidos, muchos de ellos deteriorados, por el sol supongo.

En el trayecto hacia Incani y en las proximidades de éste, suelen verse guanacos. Durante una visita anterior vi una manada de 14 ejemplares huyendo de mi presencia. Eso explica el predominio de dibujos de auquénidos en las pictografías: la cordillera al poniente de Putre era zona de caza, no apta para labores agrícolas.



Guanaco, una de las especies de los auquénidos, parientes de los camellos.



Pictografías de Incani 2.

Pero la mejor imagen que tengo de Incani 2 es la de mi amiga italiana saludando desde el alero, a través de la quebrada, durante una visita anterior:



El alero principal de Incani 2.

Segundo Día

Poco antes del amanecer, como siempre, la noche se hizo gélida. Tras un café y lo que quedaba de pan, ensillamos a los animales y partimos a Wilaqawrani en un trayecto que nos tomaría unas 2,5 horas. El *Jisk'a* ya había cumplido más allá de nuestras expectativas con solo llegar a Incani conmigo a cuestras, pero nos esperaba la parte más difícil y peligrosa del trayecto.

Aunque ya no habría ascensos escarpados —menos peligrosos que los descensos—, sí habría tramos muy estrechos, pedregosos, con descensos muy inclinados y al borde de profundos precipicios verticales, sin un espacio para que el *Jisk'a* se permitiera una de sus porfías, por lo que ensillé al “macho” para mí y la carga restante —unos 60 kg— se la endosamos al pequeño. Primera vez que el *Jisk'a* portaba angarillas y es tal su buen genio que ni siquiera chistó. Pero no porque tenga buen genio ni porque haya pasado años y cientos de horas de cabalgar cerros, sierra y descendido precipicios escalofriantes desde entonces, es lo que podría llamarse “manso” y no es confiable para principiantes.

Como todos los caballos, tiene su genio: es “*head-shy*” (se molesta cuando le ponen aparejos en la cabeza, aunque acepta agradecido las caricias), tiende a corcovear de puro gusto y/o cuando inicia o termina un galope y hay que entenderlo y saber muy bien lo que hay que hacer para impedirle sus travesuras.

A mi hija Paula, quien lo trata como a un bebé, la ha botado ya varias veces; a mí, a Jerónimo y al hijo de mi amigo Carlos Requena, jamás porque le abortamos la maniobra oportuna y enfáticamente y a mi nieto Israel se lo hace con frecuencia pero él no se cae y

le encanta. Y si el jinete le tensa mucho las riendas, más allá de los más razonables tironcitos intermitentes necesarios para que entienda el mensaje, se para un poco de manos, lo que no deja de ser entretenido cuando uno quiere hacerle un show a los principiantes.



Jerónimo con su yegua en vías de ser domada llevaba al Jisk'a de tiro con una jáquima improvisada con un cordel. Aunque con un paso no siempre firme, el Jisk'a soportó estoicamente su carga, la baticola y el difícil trayecto.

Subimos trechos cortos pero principalmente bajamos, a menudo por una huella casi borrada por el desuso. Poco antes de lo peor, una pampa con suaves irregularidades nos llevó al borde del precipicio desde donde ya pudimos ver a Wilaqawrani y algo de verdor.

El descenso es un atroz seguir una estrecha huella por la mitad más alta del trayecto, en la cual los animales deben casi saltar de piedra en piedra con los cascos a 10cm del borde del precipicio, con curvas pronunciadas en dirección e inclinación. Por prudencia y la calidad de los animales, todos desmontaron, pero yo confiaba tanto en el "macho" que seguí cabalgando hasta que un salto algo brusco terminó dejando la montura a la altura del cuello y tuve que imitarlos.

Ese es un problema de las monturas troperas militares (Armeesattel 25) y me ha ocurrido ya con varios animales. En los ascensos pronunciados resbalan hacia atrás, lo que se evita instalando un "petral" (a veces escrito como "pretal"): unas correas en "Y" cuyo extremo largo se afirma a la cincha y los cortos a la parte anterior de la montura: problema resuelto.



Wilaqawrani desde el alto. La flecha amarilla muestra la ubicación del alero con pictografías. Lo que no se puede apreciar es el acrobático descenso al lugar.

Una alternativa al petral es la pechera, que se muestra en la siguiente foto. Uso indiferentemente una u otra y no he notado ninguna diferencia. Los militares chilenos eligieron al petral y ambos están disponibles para mis monturas favoritas: "inglesas" (planas) y australianas.

Pero con algunos caballos —en los descensos pronunciados y prolongados— las sillas troperas resbalan hacia adelante, más allá de la cruz, y el animal se ve obligado a bajar la cabeza y pierde el equilibrio. Cuando eso ocurre de improviso, hay que desmontar de inmediato, lo que no es fácil en tramos estrechos con la muralla que asciende hacia un lado y el precipicio hacia el otro.

Las mulas —y en general los machos— se ensillan con dos cinchas, una en la posición habitual y la otra bien atrás del vientre y creí que la última evitaría el problema, pero no fue así con el "macho" en las críticas circunstancias del pronunciado descenso a Wilaqawrani, ni con mi yegua Sumalla en otra cabalgata.



Pechera en una silla australiana. Nótese la capacidad de carga de ésta, en agudo contraste con la montura chilena.

Las cinchas chilenas tienen 15 cuerdas. Para el “macho”, adelante había puesto una de 18 y atrás una de 26 que compré en Argentina, pero poco sirvieron (montura australiana). Las sillas arrieras no tienen ese problema y las de huaso lo tienen en menor grado, pero ellas no tienen la extraordinaria capacidad de carga de las Armeesattel ni la de las sillas australianas.

La solución lógica sería instalar un aparejo similar al petral pero para atrás, que una ambas partes posteriores de la silla pasando por debajo del maslo (inicio de la cola del animal) para impedir el deslizamiento de la silla hacia adelante. Ese aparejo se llama baticola y puede ser excelente si el caballo está acostumbrado a él, lo que requiere un muy buen genio del animal o un prolijo adiestramiento.

El problema de las baticolas es que el caballo las siente como algo inusitado justo en el momento más crítico: en un descenso pronunciado, el peor momento para que se asuste, corcovee o quiera huir. Compré un par de ellas, pero francamente no me he atrevido a instalársela a mi asustadiza Sumalla, la cual tiene además un lomo muy plano, una cruz muy poco marcada y mantiene a su cuello en posición horizontal. En otras palabras, es la mejor configuración para que la montura resbale hasta el cuello y tiene un genio muy poco tolerante. Solución: me procuré una silla australiana que tiene muchas bondades y amplia capacidad de carga, pero en ciertos tramos largos y pronunciados y tras 30-45 minutos, tenía que desmontar para reposicionarla.

Supongo que el problema se debía a la configuración corporal ya descrita de la yegua, pues con mi ulterior regalona (la "Hipnótica"), cuya cruz es más pronunciada e insiste en mantener el cuello erguido, no he vuelto a tener ese incómodo incidente.

Pues bien, continuamos el descenso con los caballos caminando detrás de nosotros y tratando de evitar que nos pisaran o empujaran, hasta que en la mitad del trayecto éste se hizo más benigno y pudimos volver a montar.

Ya en el plano, el alero con pictografías destacaba en el paisaje.



Parte del descenso a Wilaqawrani. El tramo entre el tercer y el octavo punto rojo es una de las dos huellas más difíciles y peligrosas que conozco. Bendije a mis botas troperas que me permitían saltar de piedra en piedra como un caprino.



El alero con las pictografías, señaladas por la flecha amarilla.

Ya era mediodía, el calor era intenso y disponíamos de unas dos horas antes de retornar a Putre. El espectáculo, hacia donde se mirara, era magnífico.



Visión parcial de las pictografías de Wilaqawrani. Las manchas blancas corresponden a la acción de cinceles para tomar muestras de los colorantes o a “ajusticiamiento” a balazos de las figuras.



Otro sector del panel de Wilaqawrani. Una pata del auquénido (círculo azul) ha sido capturada (flecha amarilla) y varios hombres tratan de contenerlo (pequeños círculos amarillo-verde). Un auquénido yace muerto (círculo amarillo).

Miguel desmontó antes que nadie y corrió a dedicarse con extrema acuciosidad a su estudio técnico y el catastro de las figuras.



Miguel obtiene valiosos datos de las figuras, mientras al fondo Jerónimo se procura un merecido descanso.



Ana María y Gail descansan como pueden.



Yo no podía dejar de explorar los alrededores, intentando comprender la peculiaridad del lugar y su geología. Me impresionó esta vista de las aguas que provienen de Putre, bajando para unirse al río Lluta que descende por la quebrada de Ancolacani, muy cerca de Incani. Pero la sed ya me insistía que debíamos partir pronto de vuelta a Putre...

Desde ese lugar hasta Putre cabalgamos algo menos de dos horas, ascendiendo suavemente pero una vez más haciendo equilibrios al borde de un precipicio menos profundo pero agresivo, siempre mostrándose dramáticamente como para asustarnos y a pocos centímetros de las pisadas de los caballares. Finalmente un largo, tedioso y ancho camino lleno de piedras nos llevó hasta cerca de donde pastarían los animales. El resto fue solo trámite: desarmar el equipo, bajar y luego subir una quebrada con los animales descargados, dejarlos en su lugar de pastoreo y volver a pie para luego cargar la parafernalia en los vehículos. Amo a mis botas troperas...



Lugar de pastoreo de nuestros caballos en Putre.

Problemas logísticos derivados del accidente de Carlos nos obligaron a dejar en Putre a dos caballares, pero una bien armada cazuela en el Restaurante de Rosamel nos revivió cuando ya eran las 16 horas. A las 20 horas estábamos de vuelta en Arica, donde casi la totalidad de sus habitantes había vivido un aburrido fin de semana...

Gail, extranjera y “contaminada” por ésta y otras experiencias que vivió con nosotros, no cesa de extrañarse de que Arica no sea famosa como destino turístico y quisiera vivir en Putre y atraer turistas de otros países. Como foránea que es, no entiende al centralismo ni a la desidia de las autoridades nacionales.

Es que Arica es así, un pedazo de paraíso ignorado por Chile. En lo personal no me importa, pues así tengo a Arica solo para mí y para quienes comparten mi amor por la Patria Chica...